

CRONICA DE PARIS

ARGILAGOS, EL APOSTOL DE MARTI

Por EDUARDO AVILES
RAMIREZ

(Colaboración exclusiva para
INFORMACION)



PARIS. Mayo. (Por avión). — La gloria de Martí alcanzaría, allá por los años 1916-1920, un nivel de sesenta por ciento menor que el nivel actual. Indudablemente era una gloria pura y sólida, pero no era vocinglera, no ululaba, ni atacaba como marejada que lo invade todo, como es hoy. Martí era entonces "uno de los más esclarecidos padres

de la Patria". Pero su rostro no se confundía todavía con el rostro de la Patria, la Estatua no se había destacado completamente y nitidamente del bloque, al que quedaba ligeramente aprendada aún.

Había muchos escultores de esa Estatua, y de toda clase. Entre ellos sobresalían los hermanos Carbonell, los Arturo de Carricarte, los Rafael G. Argilagos. Después vendría el tumulto y la invasión, pero un discurso de José Manuel Carbonell, un estudio de Carricarte y una selección de pensamientos de Martí por Argilagos, eran entonces, me parece a mí, mejor escuchados, mejor asimilados y más leídos. En todo caso, tenían mayor significación entre la masa.

Argilagos, como si no hubieran pasado los años. Yo guardo religiosamente, como una reliquia, una banderita cubana que me mandó hace años desde Santiago, banderita que pasó una noche, con su azul, su rojo y su blanco simbólicos, sobre la tumba del Apóstol, consagrándose, como las armas de los antiguos Caballeros en el altar de la Patria: más que nadie yo sé que esa banderita es el mejor presente, el más lindo regalo que puede hacer Argilagos a un hermano suyo en Martí y en muchas otras cosas altas más.

A pesar del tumulto de cinceles, el cincel de Argilagos sigue puliendo la Estatua como si tal cosa, absorbido por completo en su nobilísima ocupación. He aquí que llega a mis manos su último libro, todo él impregnado de perfume martiano, como mayo se perfuma de lirios y de mes-de-Marías. Es un resumen de la infancia, de la juventud y de la muerte del Apóstol, y leyéndolo se ve que su autor buscó la biografía sin incidentes y la vulgarización sin tropiezos, para penetrar mejor en un campo más vasto de lectores y llevar el héroe al corazón mismo del pueblo por la libertad y por la felicidad del cual ofrendó la vida.

A Argilagos, estoy seguro, no le disgustará el que yo cuente aquí, pensando en él, una frase reciente de Eduardo Santos, el ilustre colombiano que fué fundador y director de "El Tiempo", de Bogotá, y presidente de la República. Santos se encontraba hace pocos días con un grupo de amigos y hablaban de americanidad. Para ser tratado de lejos, el tema es siempre candente y emocionante. Sus amigos repasaban nombres sacrosantos, tratando de hacerlo hablar. Y por fin el gran político, gran intelectual y gran americanista que hay en don Eduardo, dijo:



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

a

2

—En todo templo, vean ustedes, hay el altar mayor. En el altar mayor de América está Bolívar. Pero hay muchas capillas cercanas, y yo tengo el culto profundo, la devoción profunda, la fe profunda, el profundo amor de san José Martí, que está en su capilla de la diestra del altar mayor de América.

Preciso ¿no? ¡San José Martí! Yo me acordé de un bello artículo de Ofelia Rodríguez Acosta en el cual se nos habla de "la muerte inmaculada y virginal del Apóstol", que bien puede figurar junto a la frase de Santos y junto al libro de Argilagos.

El infatigable divulgador del pensamiento martiano que es el querido e inolvidable compañero Argilagos, merece por ese solo hecho que se le rinda un homenaje nacional. Martí es el Apóstol de Cuba, pero Argilagos es el apóstol de Martí. Para él, repito, como si los años no hubieran pasado, y como si a su lado no hubiera surgido un pueblo de martianos de toda categoría, de toda clase y de todo color. El sigue divulgando, imperturbable, la religión y la esencia de san José Martí, desde el claustro en que vive desde hace tantos años. Yo sólo pido a mis amigos cubanos que, si ese homenaje nacional que insinuó aquí en honor de Argilagos llega a realizarse, me lo anuncien con tiempo, para yo enviar mi contribución entusiasta y devota, lamentando que mi pluma no posea materias lauréticas para ser hojita modesta en esa Corona.

Sup, Mayo 20/56